Calle Freire

Ella volvía de Viña, con la espalda amoldada a esa butaca de bus, con la mascarilla enlazada en su pelo, a ratos conteniendo la respiración. Quizás era la misma pena interrumpiendo su viaje, la pena de guardar la vida en una maleta, guardar la casa, el florero, hasta los niños.

Volvía a esa callecita perdida en algún rincón de Santiago. Recordó como en ese lugar, por las mañanas, se escuchaban los pasos bamboleantes de niños adormecidos, las conversaciones de sus padres en donde se planeaban la vida, mientras miraban una vez más al quiltro persiguiendo al gato de la vecina, una vez más que no lo lograba, una vez más que perdía la carrera. Y por las noches, su madre se empinaba en la ventana asomando el oído para escuchar la marcha de su compañero. Se encumbraba un poco más para ver a la noche dibujando su pelo. También el día, el sol los abrazaba dándoles la bienvenida a ese lugar que, para ella, era salido de los libros, aún podía sentir el susurro de la vecina: “pan amasado”, mientras sostenía el tambaleo dominical de su marido o el montón de quiltros gobernando la esquina, ladrando y ladrando a todo lo que se movía. A ratos la bocina del bus donde viajaba se parecía a la campanilla del vendedor de helados pasando en su triciclo, a ese señor que le faltaba una pierna, el mismo que vendía conos de todos los sabores con chispitas dulces, sonidos que decoraban las tardes de los niños, esas tardes en donde su padre les hacía una fiesta de risas y juegos, esas tardes que aún siguen a salvo en su memoria. Al tiempo que el camino se iba estrechando, ella advertía que nunca más volvió a escuchar el caminar adormecido de los niños, ni el alboroto de sus bailes, en esa casa extraviada en las sombras de esa calle sin salida, solo quedaba el eco de sus risas que florecía en las mañanas y los recuerdos enterrados en ese pasto que nunca lograron ver crecer. Solo quedaron los sabores, los olores, evocándose una y otra vez en cada kilómetro recorrido de vuelta a casa.